

RESUMEN COMPLETO

Vidas de los filósofos ilustres

de Diógenes Laercio

La lámpara encendida

Un libro lleno de vidas

Hace muchos siglos, un escritor griego llamado Diógenes Laercio se propuso algo muy ambicioso: contar la vida, las costumbres y las ideas de los grandes sabios de Grecia, desde los más antiguos hasta los de su propio tiempo.

No escribió un tratado difícil. Escribió algo más cercano: un libro de retratos. Qué comían, cómo hablaban, qué respondían cuando alguien les hacía una pregunta incómoda, y cómo murieron.

Por eso este libro se lee casi como una colección de anécdotas. Detrás de cada nombre famoso aparece una persona, con sus manías, su ingenio y sus contradicciones.

Empieza preguntándose de dónde vino la filosofía. Algunos decían que la habían inventado otros pueblos, como los magos de Persia o los sacerdotes de Egipto. Pero Laercio defiende que nació entre los griegos, y que hasta su nombre es griego.

Los siete sabios

Los primeros retratos son los de los siete sabios, hombres de los tiempos antiguos famosos por su prudencia: Tales, Solón, Quilón, Pítaco, Bías, Cleobulo y Periandro, entre otros que algunos añaden a la lista.

Tales de Mileto es el primero. Estudiaba los astros con tanta atención que una noche, por mirar al cielo, cayó en un hoyo. Una anciana que lo había sacado de casa para ver las estrellas se burló de él:

¿cómo pretendía conocer las cosas del cielo, si no veía lo que tenía delante de los pies?

A Tales se le atribuye una de las frases más famosas de la historia: «Conócete a ti mismo». Y se cuenta que aprendió la geometría de los egipcios.

Hay una historia preciosa sobre estos sabios. Unos pescadores sacaron del mar un trípode, y el oráculo mandó que se entregara al más sabio. Se lo dieron a Tales, pero él lo pasó a otro, y ese a otro, y así fue de mano en mano entre los sabios, porque ninguno se consideraba el más sabio de todos. Al final, Solón lo envió al templo de Delfos, diciendo que el primer sabio era Dios.

Solón, por su parte, fue el gran legislador de Atenas. Y de Quilón cuenta Laercio que murió ya anciano, de pura alegría, al felicitar a su hijo, que acababa de vencer en los juegos Olímpicos.

Sócrates

Después llegan los filósofos más conocidos. Sócrates, el maestro de Atenas, no escribió nada, pero cambió la manera de pensar de toda una ciudad.

Decía que un genio interior le avisaba de las cosas que iban a pasar. Y repetía una idea que se ha hecho famosa: que no sabía nada, excepto precisamente eso, que no sabía nada.

Paseaba por la plaza, preguntaba a todo el mundo, y con sus preguntas dejaba a muchos en evidencia. Eso le ganó admiradores, pero también enemigos.

Fue acusado y condenado a beber la cicuta. Laercio recuerda que, antes de morir, su discípulo Apolodoro quiso darle un manto hermoso para que muriera con él, y Sócrates le respondió que, si su viejo manto le había servido bien en vida, también le serviría en la muerte.

Tras él vienen sus discípulos: Jenofonte, el soldado y escritor; Esquines; Aristipo, que defendía el gusto por la vida agradable; y otros muchos que fundaron escuelas propias.

Platón y la Academia

Platón ocupa un lugar muy grande en el libro. Laercio cuenta que su nombre verdadero era Aristocles, y que lo llamaron Platón por lo amplio de su manera de hablar, o porque tenía la frente ancha, según quién lo cuente.

Viajó mucho y, al volver a Atenas, enseñó en la Academia, un gimnasio a las afueras de la ciudad, con arboledas y paseos a la sombra, que tomaba su nombre de un antiguo héroe llamado Academo.

Laercio resume con mucho cuidado sus ideas: sus diálogos, su manera de dividir las cosas, su idea de que existen formas perfectas detrás de todo lo que vemos.

Y de Platón pasa a Aristóteles, su discípulo más brillante, el maestro de Alejandro Magno. De él copia incluso su testamento, en el que reparte sus bienes y se acuerda con cuidado de su familia y de quienes vivían con él.

Diógenes, el perro

Pero si hay un personaje que roba el libro, ese es Diógenes de Sinope, el cínico, al que llamaban el perro.

Vivía con lo mínimo. Dormía en una tinaja, y cuando un muchacho se la rompió, los atenienses le regalaron otra.

Un día encendió un candil en pleno día y se puso a caminar con él. Cuando le preguntaban qué hacía, respondía: «Voy buscando un hombre».

Otra vez llamó a gritos a los hombres. Y cuando acudieron varios, los ahuyentó con su bastón, diciendo: «Hombres he llamado, no heces».

Se burlaba también de Platón. Platón hablaba de la «mesalidad», la idea de la mesa, y de la «vaseidad», la idea del vaso. Diógenes le contestó que él veía la mesa y el vaso, pero no la mesalidad ni la vaseidad. Y Platón le respondió, con ingenio, que para ver la mesa y el vaso bastaban los ojos, pero para entender lo otro hacía falta la mente.

La anécdota más famosa es la de Alejandro Magno. El rey lo encontró tomando el sol y le dijo que le pidiera lo que quisiera. Diógenes le respondió: «Pues no me hagas sombra».

Y se cuenta que Alejandro dijo después que, si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes.

Los estoicos

Otro capítulo importante es el de los estoicos. Su fundador, Zenón, naufragó con su barco cerca del puerto de Atenas.

Llegó a la ciudad, entró en una librería y se puso a leer un libro de Jenofonte sobre Sócrates. Le gustó tanto que preguntó dónde se podía encontrar a hombres así. En ese momento pasaba por allí el filósofo Crates, y el librero se lo señaló: «Sigue a ése». Desde entonces se dedicó a la filosofía.

Por eso decía, con humor, que había navegado felizmente después de naufragar.

Enseñaba en un pórtico pintado, el Pórtico Pecil, y de esa palabra, pórtico, viene el nombre de estoicos.

Laercio explica sus ideas: vivir de acuerdo con la naturaleza, dominar las pasiones, y entender que la virtud basta para ser feliz. Después habla de sus seguidores, como Cleantes y Crisipo.

Pitágoras y los demás

El libro dedica también un espacio a Pitágoras, de quien Laercio dice que fue el primero en llamarse a sí mismo filósofo, es decir, amigo de la sabiduría, y no sabio.

Aparecen también Heráclito de Éfeso; Demócrito; los escépticos, como Pirrón, que dudaban de todo; y muchos otros pensadores menos conocidos, con sus frases y sus rarezas.

Epicuro

El libro termina con Epicuro. Laercio lo trata con mucho respeto y le dedica el último libro entero.

Copia tres de sus cartas, una de ellas a su discípulo Meneceo, y un sumario de sus opiniones. En esa carta Epicuro dice que nunca es

demasiado pronto ni demasiado tarde para filosofar, y enseña a no temer a la muerte, porque la muerte no es nada para nosotros: donde está ella, ya no sentimos. Lo que busca es una vida serena, sin dolor en el cuerpo ni inquietud en el alma.

Así se cierra este gran libro: con una invitación a la calma.

Lo que nos deja

Vidas de los filósofos ilustres es, sobre todo, una ventana. Gracias a Laercio conocemos frases, costumbres y anécdotas de pensadores cuyas obras se perdieron.

No siempre es exacto, y a veces mezcla leyendas con hechos. Pero precisamente por eso es tan humano. Nos recuerda que los grandes sabios también se caían en los hoyos, se burlaban unos de otros y buscaban, como nosotros, una forma de vivir mejor.

Y nos deja una pregunta sencilla para esta noche: si tú tuvieras que elegir una de estas vidas, ¿cuál sería?

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.